

## EL FILOSOFO Y EL AUTOCRATA: ALGUNOS ASPECTOS DE UN TRABAJO POLITICO (1)

Por GEORGES DULAC

Al anunciar en el sexto volumen de las *Planches* (1768) la publicación de una traducción rusa de la *Enciclopedia* —se trataba en realidad de una recopilación de artículos—, Diderot aprovechaba la ocasión para saludar la actuación positiva de «la Autócrata» que convocaba a sus súbditos para darse leyes a sí mismos (DPV, VIII, 467). Este homenaje público anunciaba otros muchos que iban a contribuir a imponer la idea de un apoyo entusiasta a la actuación del «déspota ilustrado». Esta interpretación no podía estar en contradicción con los textos, numerosos pero ignorados o anónimos, en los que Diderot no ponía reparos en afirmar que «la acción arbitraria de un príncipe justo e ilustrado es siempre perjudicial», pues semejante «señor acostumbra a respetar y a querer a otro señor, cualquiera que sea» (*Refutation de l'Homme*, AT, II, 381, y *Memoires*, 117). Por el contrario, todo parecía indicar que se había unido al grupo de filósofos que, junto con Voltaire, pretendían ver en el poder absoluto y el genio enérgico de los grandes soberanos el único medio de traducir en reformas efectivas las ideas de las Luces. Esta corriente se hallaba reforzada a finales de los años sesenta por el cinismo o el desaliento que a muchos inspiraba la situación interior francesa y el éxito de los «déspotas» europeos: Grimm afirmaba en la *Correspondance littéraire* la inutilidad de las verdades generales en materia polí-

---

(1) Las referencias remiten a: DIDEROT: *Oeuvres complètes*, ed. Assézat y Torneux, París, 1875-1877 (AT); *Oeuvres complètes*, bajo la dirección de H. Dieckmann, R. Mauzi, J. Proust, J. Varloot. Hermann ed., París, en curso de publicación (DPV); DIDEROT: *Correspondance*, publicación de G. Roth y J. Varloot, París, 1955-1970 (CORR); DIDEROT: *Mémoires pour Catherine II*, publ. por Paul Vernière, París, 1966 (*Mémoires*).

tica, lo que le llevaba a insinuar, como subrayaba Diderot, que los filósofos no eran a fin de cuentas más que «charlatanes inútiles e inoportunos» (*Salón de 1767*, AT, XI, 43); Helvetius, después de haber atacado el «despotismo», se había convertido al final de su vida en «el admirador a ultranza del rey de Prusia» (*Réfutation de «L'Homme»*, AT, II, 394). El viaje de Diderot a Petersburgo, las múltiples tareas aceptadas para servicio y gloria de la emperatriz, parecían participar del mismo entusiasmo. Esta imagen de la actitud del filósofo iba a demostrarse duradera y se comprende que mucho después Sylvain Maréchal, al enjuiciar a los soberanos rusos y muy especialmente a Catalina II, haya incorporado maliciosamente a Diderot en la «jaula de fieras» de los hombres de letras atraídos a su corte, como otros tantos animales domésticos cuyo buen uso ella explicaba cínicamente a su hijo (2). La tardía publicación (1899) de las notas escritas en Petersburgo para preparar las entrevistas con la emperatriz —esos materiales hoy conocidos por el título que le ha dado Paul Vernière de *Memorias para Catalina II*— no ha disipado todos los equívocos sobre la actitud del filósofo. Pese a múltiples declaraciones en contrario se cree descubrir en ellas «una especie de gozo (...) cuando alcanza, en contacto con Catalina II, el inmenso poder del despotismo ilustrado» (3). Efectivamente Diderot multiplica los elogios de la «que todo lo puede» mientras rebaja, como por placer, el papel del filósofo y su «jerga política». Podría verse igualmente en esta contraposición la prueba de un cierto malestar provocado por el carácter inadecuado del modelo teórico al que se remite aún el filósofo en sus relaciones con el Príncipe (4): modelo tradicional que impregna profundamente su forma de pensamiento y su lenguaje, cuando se convierte en el «órgano pasivo de la razón» para expresar la voluntad ideal del cuerpo social, esa «voluntad general» que él concibe como «un acto puro del entendimiento» (5). Pero en Petersburgo, las verdades especulativas y generales son un débil apoyo cuando se trata de política concreta: de ahí sus frecuentes confesiones de impotencia y el refugio que encontrará en una acción imaginaria, o, lo que él mismo denomina como un «sueño». ¿Hay, pues, que considerar que la experiencia rusa se resume en esta frustración de la gran ambición de «dar la lección a los reyes» en el momento en que «sus grandes principios [cho-

(2) PIERRE SYLVAIN MARÉCHAL: *Crimes des empereurs russes, ou Histoire de la Russie réduite aux seuls faits importants*, por Silv. Mar., R. Buisson, París, año X (1802).

(3) PAUL VERNIÈRE, en *Mémoires*, XVIII.

(4) JACQUES PROUST: «Diderot et l'expérience russe: un exemple de pratique théorique au XVIII<sup>e</sup> siècle», en *Studies on Voltaire and the eighteenth century*, CLI-CLV, 1976, págs. 1.777-1.800.

(5) *Encyclopédie*, artículos «Autorité politique», «citoyen», etc.

can] con el escollo de las realidades rusas» (J. Proust, art. cit., pág. 1786)? Sin embargo, es dudoso que esta postura del filósofo, como portavoz de una verdad puramente racional, fuera la única que podía adoptar en sus entrevistas con Catalina: el gran espacio que ocupan en los escritos de Petersburgo los problemas prácticos e incluso técnicos sugiere una imagen totalmente distinta a la del especulador reducido a recorrer en todas direcciones el medio familiar de los grandes principios y de las máximas fundamentales. De hecho el filósofo habla diversos discursos y ejerce distintas competencias: la propia, por ejemplo, del director de la «descripción de las artes» en la *Enciclopedia* cuya autoridad no procede en absoluto de evidencias abstractas. Desearíamos intentar demostrar que existen muchos otros casos en los que la intervención del filósofo se basa en una reflexión práctica y adopta la forma de un verdadero trabajo político: es decir, de un discurso capaz de influir en ciertos aspectos esenciales de la situación real.

Seguramente no es gratuito recordar aquí que el camino que ha llevado a Diderot a las más fecundas perspectivas políticas no es el de la teoría. Son especialmente sus investigaciones sobre las condiciones idóneas para favorecer la producción material e intelectual las que le han impulsado a reflexionar sobre problemas más generales de la sociedad contemporánea. Así, la «descripción de las artes» le ha dado ocasión para profundizar en sus ideas sobre la intervención del Estado, las corporaciones, reglamentos, privilegios exclusivos, el «lujo» o el reparto de la riqueza... o sea, los factores que determinan el desarrollo de las actividades de producción e intercambio y que ejercen una influencia indirecta sobre el progreso técnico. La *Carta sobre el comercio editorial*, escrita en 1763, es otro importante ejemplo de esta vía concreta hacia la política: Diderot demuestra en ella la necesidad de la «libertad de prensa» para las condiciones en que se encuentra la producción y el comercio de libros en Francia. Al hacerlo aborda cuestiones tales como la naturaleza de la propiedad, la libertad de comercio, el papel del Estado en la vida económica, a partir de un terreno perfectamente diseñado por su experiencia como escritor y director de la *Enciclopedia*, la mayor empresa editorial de su tiempo. El lenguaje planteado ante el magistrado destinatario de la carta es el del realismo y la eficacia: «No se trata aquí, señor —escribe—, de qué sería lo mejor. No es una cuestión de lo que los dos desearíamos, sino de lo que usted puede hacer» (DPV, VIII, 548). Con mayor amplitud y de una manera más sistemática hay también un conjunto de observaciones que inspiran las reflexiones políticas y económicas de los Salones: el de 1767, especialmente, que se dedica a clarificar las múltiples

relaciones que conectan el desarrollo de las bellas artes con el estado material y político de una nación.

Es aquí, en el terreno de las artes, donde Diderot pudo empezar a observar de forma inmediata algunos aspectos de la política de «civilización» realizada con éxito por Catalina II desde el comienzo de su reinado: según métodos inspirados en Pedro el Grande, se esforzaba en dotar a Rusia de una élite de hombres venidos del extranjero o formados en el exterior, que representaban las formas más avanzadas de la cultura occidental. La discusión acerca de los métodos a emplear se había suscitado en Francia a lo largo de todo el siglo. Se sabe cómo Voltaire había magnificado el genio del Zar que había «creado su nación» (6) forzando la naturaleza para establecer en unos años las bases duraderas de sus progresos ulteriores. En contra, Rousseau en una célebre página del *Contrato social* (libro II, cap. VIII) no le había reconocido más que un «genio imitador», preveyendo el fracaso final de una empresa que pretendía «hacer alemanes o ingleses, cuando era necesario empezar por hacer rusos». En 1770 la primera edición de la *Historia de las dos Indias* retomaba en términos parecidos la fórmula de Rousseau de un modo menos pesimista: se insistía allí en que faltaba por crear un «tercer Estado» verdaderamente nacional. Dos años más tarde, preparando sus «pequeños apuntes» destinados a convertirse en suplementos a la obra de Raynal (7), Diderot inserta en este punto su intención, que parte de una problemática consagrada: para él carecía de interés. Pues la reflexión del filósofo desborda ampliamente el lugar común mediante una agudeza de análisis que debe en buena parte a una *experiencia*, indirecta pero real: al cabo de seis o siete años jugaba el papel de una especie de agente cultural de la emperatriz de Rusia y la *rue Taranne* se había convertido así en un excelente punto de observación para quien quisiera estudiar la actuación por ella emprendida en este terreno. Veía a los artistas, los técnicos, los profesores reclutados gracias a sus gestiones, partir hacia Petersburgo y regresar, mientras él seguía en París los progresos de los jóvenes rusos venidos a formarse allí, especialmente los que acudían a la academia de pintura. No se le escapaba a Diderot que los resultados de estos intercambios eran poco satisfactorios: la sociedad rusa no estaba en condiciones de aprovechar estos cerebros costosamente importados. Los extranjeros llamados a Rusia perdían a menudo su tiempo, como el grabador Henríquez de quien

(6) VOLTAIRE: «Anecdotes sur le czar Pierre le Grand», en *Oeuvres historiques*, «Bibliothèque de la Pléiade», París, 1962; véase también *Histoire de la Russie sous Pierre le Grand*.

(7) Véase MICHÈLE DUCHET: *Diderot et l'Histoire des deux Indes ou l'écriture fragmentaire*, París, 1978, pág. 18; y CORR, XII, 102.

Diderot pudo constatar, a requerimiento de Catalina, que en tres años pasados en Petersburgo sólo había recibido el encargo de una sola plancha (*Memorias*, 207). Muchos volvían a Francia descontentos de haber resultado casi inútiles. Por las mismas razones de fondo los artistas rusos formados en Occidente languidecían a su vuelta: tal debía ser el caso del pintor Lossenko que morirá en Petersburgo durante la estancia de Diderot, desesperado de no poder vivir de su talento ni cambiar de oficio (CORR, XIII, 122). Tales ejemplos subyacen en el análisis sin contemplaciones que Diderot hace de la política imperial (8):

«Queréis civilizar vuestros pueblos, inspirarles el amor a las letras, la pasión por las bellas artes: pero comenzáis la casa por el tejado llamando a vuestro entorno a hombres de genio de todos los países. ¿Qué producirán estas raras plantas exóticas? Nada. Morirán en ese país como las plantas extranjeras perecen en nuestras tierras. Por más que se formen academias de ciencias, escuelas de bellas artes; por más que se dispersen alumnos por todos los países donde las artes han sido cultivadas con algún éxito, haciéndoles estudiar con los mejores maestros: al salir estos jóvenes de la escuela, a la vuelta de sus viajes, no pudiendo encontrar ningún empleo adecuado a su talento, tienen que abandonarlo para colocarse en puestos subalternos que les den de comer. Sus obras maestras, si fueran capaces de producirlas, se quedarán sin compradores y no les permitirán una mínima subsistencia.»

A la acción voluntarista del déspota ilustrado, Diderot contrapone la «marcha constante de la naturaleza», las leyes de desarrollo de las sociedades basadas en la progresiva división del trabajo. La élite con que Catalina quería dotar artificialmente a Rusia debería emerger de una sociedad diversificada y activa a todos los niveles. Y el filósofo insinúa claramente que las condiciones que debían permitir a esta pirámide viviente constituirse no se dan en Rusia:

«En todo hay que empezar por el principio, y el principio es poner en marcha las artes mecánicas y las condiciones de base. Aprender a cultivar la tierra, curtir las pieles, fabricar lana, hacer calzados, y, con el tiempo, sin proponérselo, se harán cuadros y

---

(8) Texto reproducido en DIDEROT: *Mélanges et morceaux divers, contribution à l'Histoire des deux Indes*, publ. por G. Goggi, Siena, 1977, págs. 352-353 (será editado en DPV, en preparación).

estatuas porque de estas condiciones básicas surgirán casas ricas y familias numerosas...» (9).

«Empezar por el principio» es, pues, para el filósofo empezar por el pueblo: proposición que adoptaba un sentido tremendo una vez aplicada a un país en que las «condiciones base» estaban constituidas por un alto porcentaje de siervos, ya fuesen campesinos, artesanos o incluso obreros de manufacturas. Diderot, que tan vivamente había aleccionado a la princesa Dachkov dos años antes sobre el problema de la servidumbre, no ignoraba esta esencial implicación de sus reflexiones: señalaban implícitamente una contradicción fundamental de la política de Catalina II que afirmaba su voluntad de crear un «tercer Estado» y élites modernas, igual que en Occidente, mientras que el aspecto más retrógrado de la organización social se encontraba confirmado e incluso agravado, de acuerdo con las aspiraciones de la nobleza.

Destinadas a la segunda edición de la *Historia* de Raynal (1774), estas páginas fueron publicadas primero en noviembre de 1772, con la firma de Diderot, entre los «fragmentos políticos escapados del portafolios de un filósofo» en la *Correspondencia literaria*, esa revista manuscrita que Grimm dirigía a una quincena de soberanos de Europa, entre ellos Catalina II. Ni Rusia ni su soberana eran explícitamente citados en esta versión del texto, pero la alusión era clara y las notas de Grimm confirmaban la referencia al alabar la acción de Pedro I y de Catalina II que, según él, habían tenido razón en «empezar por el final». Podemos preguntarnos por las razones de esta publicación en una revista cuyo director estaba particularmente interesado en agradar a la emperatriz de Rusia, hasta el punto de servir directamente a sus propósitos en un determinado número de ocasiones. Es posible que, menos de un año antes de su gran viaje, Diderot haya tenido que esbozar la que sería una de las principales orientaciones de sus proyectos, por si su protectora tuviera a bien consultarle. Y se encontrarán efectivamente numerosas adiciones al texto de 1772 en las *Memorias para Catalina II* y más tarde en la tercera edición de la *Historia de las dos Indias* donde volverá sobre el tema: lo que prueba claramente la continuidad de una reflexión largamente madurada antes de cualquier contacto directo con el mundo ruso. Sin embargo, está claro que ni Grimm ni Diderot jamás habrían hecho aparecer este texto duramente crítico si no hubiesen estado seguros de que podía ser recibido sin problemas en Petersburgo. Es más, te-

(9) «Mémoires de la princesse Dachkov», págs. 137-139, en los *Archivos Voronzov*, tomo XXI, Moscú, 1881.

nemos la prueba de que ha sido exactamente así: los *Planes y Estatutos* de los que Diderot debía preparar una doble edición en Holanda (10) a su vuelta de Petersburgo contienen una presunta carta de la emperatriz a su ministro Ivan Betski que toma casi literalmente la apreciación de Diderot aplicándola a la política heredada de Pedro el Grande: «Antes de pretender hacer el tejado de un edificio es preciso haber puesto los cimientos. Hasta ahora Rusia ha hecho lo contrario; desde hace tiempo hay una academia y escuelas de distintos tipos. Los soberanos, mis predecesores, han hecho viajar a la juventud, con enormes gastos, para iniciarla en las ciencias y las artes... Los súbditos extraídos de la clase popular, y destinados a las artes útiles, se dedicaron inicialmente a ello con éxito. Pero, ¿qué utilidad real le han aportado a Rusia? Ninguna...» (I. Betski, *Planes...*, Amsterdam, 1775, in-12, tomo II, págs. 4-5). Sin embargo, la emperatriz se guardaba de seguir al filósofo en el análisis de las causas de este fracaso: tan sólo lo evocaba para resaltar mejor la importancia de la creación de los establecimientos de educación que debían formar un nuevo tipo de hombres: esos súbditos honestos e industriosos, idóneos para formar el «tercer Estado» que a Rusia le faltaba. El problema de fondo, que era social y político, quedaba, pues, camuflado. Pero no es menos cierto que la emperatriz parecía dispuesta a repudiar abiertamente ciertos métodos cuyos fallos, demasiado evidentes, corrían el riesgo de empañar a la larga el prestigio de que disfrutaba en Europa. Diderot, al igual que Grimm, no debía ignorar estas posiciones en 1772: la publicación del «fragmento» en la *Correspondencia literaria* demostraba que la política imperial podía considerarse abierta a las sugerencias y capaz de reajustes; era una situación estimulante para el filósofo en el momento de coger el camino hacia Petersburgo. Pero, por otra parte, la conclusión muy restrictiva del «fragmento» muestra claramente que no se hacía ilusiones sobre la apariencia de los esfuerzos civilizadores de Catalina II, mientras las condiciones sociales de Rusia siguieran siendo las que eran. Esta apreciación crítica, si no pesimista, que será confirmada tras el viaje, induce a acoger con prudencia ciertos elogios hiperbólicos que salpican los textos escritos en Petersburgo, en los que a veces se ha querido ver la prueba de las ilusiones mantenidas por el filósofo acerca de la acción civilizadora de Catalina II.

Lo que el propio Diderot ha denominado su «trabajo» de Petersburgo se ha efectuado en condiciones muy particulares que dificultan la interpre-

(10) Véase a este respecto nuestro artículo «Diderot éditeur des 'Plans et Statuts des établissements de Catherine II'», en *Dix-huitième siècle*, núm. 16, 1984.

tación de los textos que allí surgieron: sin contar con que excesivas leyendas y caricaturas tienden a presentar al filósofo como un pensador iluminado cuya irreprimible charlatanería habría tenido que sufrir Catalina. En realidad, los centenares de cuartillas escritas en el curso del otoño e invierno de 1773-1774 constituyen en primer lugar respuestas a las cuestiones planteadas por la emperatriz, como lo indica explícitamente Naigeon en sus *Memorias sobre Diderot*: Se trata de una especie de consulta, de un trabajo de encargo que debe ser situado inicialmente en el marco general de la encuesta sobre las instituciones occidentales, y especialmente francesas, realizada por Catalina y sus colaboradores: los aspectos abordados por Diderot constituyen una serie en muchos aspectos comparable a la de los informes requeridos a los embajadores rusos en París acerca de los establecimientos de educación, la administración, la organización de la justicia, el sistema fiscal, sin citar las cuestiones estrictamente políticas (11). Además, no se trataba tan sólo de una encuesta documental: se había pedido al doctor Sánchez (12), un asiduo del salón del barón D'Holbach que había estado largo tiempo en Rusia, unas memorias sobre los medios de desarrollo económico, científico y cultural de Rusia, que pueden igualmente ser comparadas a los aspectos abordados en las *Memorias para Catalina II*. Parece, por tanto, que Diderot ha mantenido una libertad bastante grande en la orientación de sus propósitos y que a menudo habría concebido respuestas que iban más allá de las cuestiones... Lo que no dejaba de comportar algunos riesgos: pues la emperatriz había demostrado que no apreciaba a los consejeros demasiado seguros de su propia opinión. El fisiócrata Le Mercier de la Rivière, desplazado a Petersburgo por recomendación de Diderot, lo había comprobado a sus expensas al proponer a Catalina someterse al «despotismo de la evidencia» que él se encargaba de revelar (13). Pero, por otra parte, la viva reacción de la zarina a la publicación del viaje a Siberia, del académico Chappe d'Auteroche (14), demostraba que no soportaba de ningún modo que se evocasen ciertas realidades que invalidaban demasiado claramente su afirmación de que el imperio era en lo esencial un país europeo, comparable a los demás: esta última prohibición explica probablemente la escasez, en los textos de Petersburgo, de «observaciones empíricas» que se encuentran en gran número en el *Viaje de Hclarda*.

(11) Moscú, Archivos de Asuntos Exteriores de Rusia, Correspondencia.

(12) Véase D. WILLEMSE: *Antonio Nunes Ribeiro Sánchez*, Leyde, 1966.

(13) CORR, VII y VIII, *passim* (1767-1768).

(14) Véase la refutación inspirada o redactada por Catalina II: *Antidote examen d' un mauvais livre ...*, Amsterdam, 1771-1772.

Deseoso de «ser útil», Diderot debía asegurarse la posibilidad misma de las entrevistas, lo que no dependía de él mismo: esta preocupación primordial por mantener la comunicación con la emperatriz imponía la elección de un lenguaje adecuado a los condicionamientos de la situación. Bajo apariencias bondadosas e incluso «naïfs», las notas redactadas en Petersburgo están llenas de ese «arte secreto» que más tarde evocaría Diderot a propósito de Séneca ministro de Nerón (15): otro filósofo constreñido a ejercer ante un «déspota» una acción difícil y a menudo a través de medios indirectos. Entre los procedimientos más frecuentemente empleados citemos ciertas formas de atenuación del discurso semejantes a litotes. Así, para evitar el riesgo apuntado por el ejemplo de Le Mercier de la Rivière, Diderot multiplica las imágenes que devalúan la figura del filósofo charlando de política (es un «niño», un «niño viejo», un «soñador», «un ciego que jugara con colores»...); pero a la vez indica que el discurso que maneja, lejos de ser personal, podría ser el de todos los filósofos: lo que, ante una soberana tan sensible a la opinión de la Europa ilustrada, equivale a destacar su importancia aparentando rebajarla. Mediante otra forma de atenuación aparente, el discurso dirigido a Catalina se presenta de buena gana como el modesto eco de las directrices establecidas por ella misma. Pero, lo que el filósofo propone como simples medios de aplicación, le permite de hecho volver sobre los puntos que le parecen esenciales: por ejemplo, a propósito de la proclamada necesidad de favorecer la aparición de un «tercer Estado», apunta diversas sugerencias que tienden a la reducción de la servidumbre, o a rebajar ciertos privilegios nobiliarios. De manera análoga la orientación práctica, es decir, técnica, que Diderot da a su propuesta le permite insistir indirectamente en objetivos propiamente políticos. Otros recursos teóricos deben ser igualmente interpretados de acuerdo con su verdadera función. Ciertas formas de hipérbole pretenden una especie de efecto pedagógico cuya explicación se encuentra en el *Ensayo sobre Claudio y Nerón*: ¿Cómo podría la emperatriz desmentir abiertamente la imagen lisonjera que se da de ella misma y de su obra, sobre todo cuando se hace pública, como en los *Planes y Estatutos* que edita el filósofo?

Sin insistir más en los múltiples recursos de esta particular retórica que hace de las *Memorias para Catalina II* un texto menos límpido de lo que podría creerse, conviene volver sobre los medios de que Diderot ha podido

---

(15) DIDEROT: *Essai sur Claude et Néron*, 1782 (primera edición bajo el título *Essai sur Sénèque*, 1778).

disponer para desarrollar en Petersburgo un análisis concreto de ciertos problemas, de acuerdo con una orientación ya marcada —como se ha visto— desde antes del viaje. Se ha subrayado frecuentemente que no había podido conocer Rusia pasando sólo cinco meses en Petersburgo. Y aunque hubiese leído cierto número de obras, cuyo conocimiento aparece en los cuestionarios dirigidos a la Academia de Ciencias, a la emperatriz y al conde Münich, puede dudarse que su información llegara a un nivel de exhaustividad que hubiese reforzado la pertinencia de su reflexión. Sin embargo, en nuestra opinión sería un error creer que quedara reducido a las especulaciones y las vaguedades carentes de concreción, o, como ha apuntado J. Proust, a seguir un *a priori* ideológico. Sin embargo, en los escritos de Petersburgo la política concreta implica ciertas perspectivas originales y acaba llegando a donde no estaba previsto. De la misma forma que, antes del viaje, el filósofo había encontrado en algunos métodos de la política cultural de Catalina II un fecundo campo de observación, es la propia consulta imperial la que le permite una base de reflexión sólida referida a algunos sectores, limitados, pero altamente significativos, de la vida social. Esta fue sobre todo el caso de los nuevos establecimientos de educación, una de las veleidades del reino, cuyos éxitos y fracasos le fueron amablemente expuestos mientras se terminaba la traducción de sus *Estatutos*, cuya edición en Holanda estaba revisando. Diderot supo extraer partido con creces de estos materiales que se le ofrecían: se sirvió de ellos para llevar adelante su análisis de los obstáculos a que se enfrentaba la política civilizadora de Catalina II, encontrando en esas mismas dificultades puntos de apoyo para sus propias propuestas, incluso las de carácter general.

Las instituciones creadas o reformadas por la emperatriz debían ser islotes de modernidad en el seno de una sociedad tradicional: lugares de excepción, protegidos del contagio del medio exterior para que de ellos pudieran salir hombres nuevos; jóvenes nobles destinados al ejército y a la administración en el caso de la escuela de cadetes; artesanos, fabricantes y obreros para el orfanato del que Diderot fue nombrado responsable. Pero, sobre todo en este último caso, el propio libro de Betski daba a entender en varios pasajes los inconvenientes de una política que, sin cambiar nada en la organización social, por la única vía de creaciones aisladas, pretendía operar transformaciones de fondo, como lo señala el plan de niños abandonados de Moscú: «Sólo hay dos estamentos en el Imperio de Rusia: la nobleza y la servidumbre. Pero mediante los privilegios concedidos al Orfanato de Moscú, nuestros alumnos y sus descendientes serán libres para siempre y compondrán

un tercer Estado» (*Planes*, I, 356). Diderot volvía a topar así de forma amplificada con la contradicción que había observado desde París entre el conservadurismo social de la política imperial y sus más brillantes innovaciones. Betski señalaba, por ejemplo, que los niños abandonados formados en las artes y oficios apenas tendrían posibilidad de insertarse en el ambiente de los comerciantes, enemigos de las «novedades útiles»: pero no se sabía qué hacer de estos hombres libres considerados a pesar de todo tan necesarios para el progreso de Rusia. Una causa en el fondo análoga ponía en peligro otra creación imperial, las colonias del Volga, cuya crítica situación analiza una memoria anónima incluida en sus propias notas por Diderot: los colonos de Saratov no podían encontrar ningún apoyo en la sociedad rural circundante, debido fundamentalmente a los efectos paralizantes de la servidumbre que impedía la circulación de mano de obra y el desarrollo de los intercambios.

A estas dificultades casi insolubles de inserción se añadían otras aún más inquietantes para el futuro, en las que insisten repetidamente las *Memorias para Catalina II*. Tal como Diderot había constatado por sí mismo, fuera del estrecho círculo de colaboradores inmediatos de la emperatriz, nadie mostraba interés por los nuevos establecimientos: «He visto a algunos rusos, gente honesta e instruida, fieles servidores de Su Majestad Imperial, buenos rusos. Ninguno que haya comprendido su importancia, que no me haya escuchado hablar de ellos con más o menos sorpresa, que no comprenda sus beneficios o que prevea sus ventajas futuras» (*Memorias*, 65). Un hecho más grave, ciertas creaciones imperiales son amenazadas por sordos e incesantes ataques. En este punto las propuestas de Diderot son el exacto eco de las de Betski: «nuestros patriotas (...) —escribe éste a Catalina—, buscan destruir con mil estratagemas los bienes con que vuestra Majestad les colma» (16); y deplorar que haya tantos enemigos de los nuevos establecimientos, de esa clase de gente que «desean hombres sin educación, sin cultura, sin costumbres, sin industria, nacidos solamente para permanecer embrutecidos bajo la esclavitud.» Parece, en efecto, que la corriente tradicionalista temía que las creaciones imperiales desestabilizaran la organización social, sobre todo, abriendo una brecha en el sistema de la servidumbre. Pretenden, señala Betski, «que los niños criados y educados en esta casa de Moscú constituían otros tantos latrocinios hechos a los propietarios de las aldeas». Esta campaña era tan intensa como para que Betski expresara

---

(16) Las citas están tomadas de cartas de Betski a Catalina II conservadas en los Archivos de Antiguas Actas de Moscú, fondos 11,983. Son un poco anteriores a la estancia de Diderot.

el temor de que llegara hasta el extremo de destruir la institución. Diderot, por su parte, dedica una larga nota a exhortar a la emperatriz «a mantener en su integridad» los «útiles establecimientos» que ha creado (*Memoorias*, 78-83): multiplica las precauciones contra toda concesión, que acabaría por entrañar «la ruina de todo y hasta el fracaso del más hermoso de los reinos». «Vuestros establecimientos son únicos —insiste— debéis extraer de ellos el mayor beneficio. Lo producirán. Mantenedlos. Mantenedlos con toda firmeza (...).» Puede parecer extraño que tal lamento, quejas tan apremiantes, se dirijan a una soberana «que todo lo puede». Pero precisamente el «déspota» parece muy solitario y vulnerable cuando se trata de edificar de forma duradera. Su acción puede incluso parecer veleiciosa en el momento en que los medios que deben mantener lo establecido no son suficientes frente a los obstáculos. Y Diderot no se recata en insinuar frecuentemente que la emperatriz debe ir hasta el final de sus intenciones manifiestas.

Consideradas desde el punto de vista en que se sitúa el filósofo —es decir, en la perspectiva de las lentas y profundas transformaciones que deben culminar en la «civilización» de Rusia—, las dificultades que entrañan las creaciones imperiales son reveladoras en dos sentidos: permiten discernir mejor el carácter superficial y frágil de la acción emprendida por el poder imperial, y también la inadecuación de este poder a una empresa difícil y de larga duración, que no puede basarse en un grupo demasiado restringido de dirigentes. Ante estos dos niveles, el de la organización social y el del ejercicio de la autoridad gubernamental, Diderot encuentra la ocasión de presentar sus propuestas como soluciones de fondo a determinados problemas concretos, pero importantes por su valor simbólico. La insistencia de Diderot va en el mismo sentido que las dramáticas advertencias de Betski: «Es seguro, señora —escribe el ministro—, que destruir la Casa de Educación de Moscú sería un golpe mortal contra el imperio»

En el plano social, la labor de Diderot consiste en multiplicar las sugerencias destinadas a incrementar las escasas disposiciones liberales ya adoptadas. Su trabajo político va en el sentido de la puesta en vigor de las «condiciones básicas» ya preconizadas en 1772 como el fundamento de una política civilizadora coherente; se apoya en las declaraciones de principio del poder imperial y también en algunos casos en las dificultades manifiestas de los nuevos establecimientos. Así, a propósito del esfuerzo de «educación nacional» cuya necesidad es insistentemente proclamada en los *Planes* y

*Estatutos* (II, 8-9): Betski señala que debe concernir sobre todo a la nobleza, y especialmente a la nobleza pobre, mientras que el proyecto de abrir «aquí y allá» escuelas para los niños del pueblo sólo es apuntado de manera muy vaga. Por el contrario, Diderot no deja de insistir en la generalización de las «pequeñas escuelas» que dispensarían una enseñanza elemental, gratuita y obligatoria: de ello hace la base del sistema educativo propuesto. Sobre el problema de la servidumbre, las sugerencias del filósofo, diseminadas en diversas notas, son más prudentes y alusivas: el asunto era particularmente delicado en plena revuelta de Pugatchev y las mismas palabras de «esclavo», «siervo» y «servidumbre», oficialmente proscritas tanto por Catalina II como por Pedro el Grande, están ausentes en las *Memorias*. Sin embargo, Diderot propone disposiciones que van en el sentido de una reducción de la servidumbre, por ejemplo a propósito de la formación profesional de los niños abandonados que, insiste, podía ser impartida por los siervos artesanos a los que se liberaría, en lugar de serlo por extranjeros, como preveía Betski. Además, subraya que Rusia deberá tener campesinos propietarios: discreta alusión sin duda al objeto del concurso propuesto en 1766 por la Sociedad Libre de Economía de Petersburgo, en una época en que la emperatriz parecía dispuesta a poner en discusión el problema de la servidumbre, que había sido efectivamente examinada por la «gran comisión» legislativa de 1767-1768. Las miras del filósofo iban evidentemente en contra de las aspiraciones de la nobleza: liberada ésta desde 1762 de la obligación de servir al Estado, había retornado hacia sus dominios y deseaba racionalizar la explotación de los siervos para incrementar sus rentas (17). Quizá sin medir la enorme distancia que separaba sus propuestas de las opiniones formuladas en la misma época por los propietarios de tierras, Diderot no ignoraba que la liberación del pueblo pasaba por una cierta decadencia de la nobleza, y el establecimiento de la igualdad civil: «La generalidad de la ley», la atenuación de ciertos privilegios tradicionales, se presentan en las *Memorias* como una de las condiciones que debían permitir el desarrollo de las capacidades de producción e intercambio y una dinamización de la sociedad en su conjunto. Acerca de tales problemas se puede constatar de nuevo que la argumentación del filósofo, sin renunciar al enunciado de principios, se fundamenta ante todo en el análisis de situaciones concretas, sobre todo económicas: por ejemplo, la de los efectos paralizantes de la actitud tradicional de la aristocracia rusa, que al acumular enormes deudas impagadas, desajusta los precios y falsea las condiciones de la concurrencia. La igualdad ante

---

(17) Véase a este respecto: MICHAEL CONFINO: *Domaines et seigneurs en Russie vers la fin du XVIII siècle*, París, 1963.

la ley puede ser entonces presentada insistentemente como una de las premisas necesarias para el desarrollo de las artes mecánicas y de las actividades generadoras de riqueza a las que hay que «favorecer con todos los recursos» porque son la base indispensable de todo progreso real de la «civilización» (*Memorias*, 63).

Al igual que los referidos a la organización de la vida social, los problemas de la autoridad política son abordados frecuentemente en los escritos de Petersburgo a partir de constataciones prácticas. No puede encontrarse una máxima tan rotunda como la que abre las *Observaciones sobre Neka*: unos meses más tarde: «El único soberano auténtico es la nación; en ella no puede haber otro legislador que el pueblo»; pero, en cambio, el conjunto de las *Memorias* testimonia un esfuerzo obstinado por convencer al «déspota» de que el futuro de una gran nación debe ser su propia obra colectiva y exige, pues, otros medios de gobierno distintos de la voluntad solitaria y efímera de un soberano. Es significativo, por ejemplo, que la nota ya citada, donde el filósofo exorta con gran interés a la emperatriz para que no ceda ante las presiones que amenazan sus establecimientos, destaca desde la primera palabra del título a esta «comisión» legislativa que no deja de recomendar: continuación de la «comisión codificadora» reunida en 1767, y compuesta también por representantes de las provincias. Diderot la imagina apoyando a todos los niveles la acción del poder. Sería el órgano que aseguraría la permanencia de la voluntad política y de las leyes; pero sus miembros serían también eficaces auxiliares de la acción gubernamental y jugarían un papel similar al de altos funcionarios: por ejemplo, hace falta encontrar personal adecuado para el control de los establecimientos de educación que el ministro Betski estima difícil asegurar. Si la omnipresencia de la «comisión» en las sugerencias del filósofo expresa la profunda desconfianza que le inspira por principio la autocracia, también es el resultado de sus observaciones sobre una cierta incapacidad o irresolución del poder imperial para superar los obstáculos a la innovación. Con mayor razón, la ejecución de las propuestas más radicales que apunta Diderot le parece que deben ser encargadas a una asamblea de «representantes» cuya acción puede ser más estable que la de un soberano, aunque sea «déspota». Así, como no ignora que su proyecto de educación elemental general y obligatoria suscitaría fuertes oposiciones, prevé que se encargue de él la «comisión» que tendría la ventaja «de conducir los espíritus (...) sin aparentar contradecirlos y sin alterarlos» (*Memorias*, 130). Solución evidentemente ficticia: no sólo porque nada indica que la «comisión» de 1767 estuviera próxima a reaparecer por voluntad imperial, sino sobre todo porque no se entiende por qué milagro los futuros «representantes» con los que sueña el

filósofo estarían tan deseosos de promover reformas «ilustradas» mientras que sus predecesores testimoniaban más bien un espíritu totalmente contrario. Diderot supone ciertamente que la asamblea sería de hecho la «herramienta» de la emperatriz y no tendría otra voluntad que la suya: ¿es una sutil estratagema por su parte para convencer más fácilmente a la emperatriz de las ventajas que hallaría en no seguir siendo «déspota»? O no es más bien el sueño en un órgano político que uniría, a las luces de la soberana ilustrada, la duración, la energía y la omnipresencia de un cuerpo que encarna a la nación. Realista en la medida en que refleja un análisis de las debilidades de la autocracia, la reflexión del filósofo sobre el poder parece volver, pues, a la utopía en cuanto intenta elaborar proposiciones positivas: el ambiente político imaginado y tan frecuentemente ponderado oculta la ausencia, en el discurso que Diderot dirige a Catalina, de la definición de una fuerza política real que pudiera encargarse del futuro de Rusia.

Como subraya J. Proust (art. cit.), el pueblo, en las *Memorias para Catalina II*, es siempre *objeto* del discurso, nunca *sujeto* ni del discurso ni de la acción. Esta situación no era nueva. Y a decir verdad hubiera sido poco correcto hacerlo de otra manera en una reflexiones destinadas a la emperatriz. A este respecto, las *Memorias* no se pueden situar en el mismo plano que las observaciones, que no se dirigen a Catalina, salvo ficticiamente en ciertos pasajes, revelando sin miramientos el pseudoliberalismo de su *Instrucción* («Veo que en ella se abdica del nombre del déspota, pero la situación se mantiene...»); y que preveían lúcidamente la cólera que las observaciones del filósofo debían suscitarle («... si ella se agita, si se le para la sangre, si palidece, se ha creído mejor de lo que es»). Los escritos de Petersburgo, por el contrario, no tienen como función principal enunciar opiniones: constituyen una tentativa para ejercer una acción política en condiciones contingentes y circunstanciales. Se corresponden con un esfuerzo por sostener y encauzar una política ilustrada cuyos medios nunca alcanzan a las ambiciones formuladas. Diderot había sabido descubrir y explotar algunas de sus debilidades fundamentales. No es seguro que haya sido consciente de todas las contradicciones de su propia situación, especialmente de la que le hacía proponer actuar contra los intereses inmediatos de la aristocracia, a una soberana que basaba en ella su poder y que supo siempre ejercerlo para mayor beneficio de esta clase en su conjunto. Porque no habría ninguna forma de gobierno que el filósofo pudiera proponer con verosimilitud a la destinataria de las *Memorias*: la política que proponía poner en marcha correspondía, al menos virtualmente, a intereses exactamente

opuestos a los que en lo esencial ella representaba. Pero como la reflexión del filósofo estaba, sin embargo, animada por el apasionado deseo de ejercer una acción real, los trabajos de Petersburgo constituyeron una experiencia sin duda decisiva en la búsqueda de una forma de intervención política que se adaptase a sus posibilidades de escritor y a sus ideas sobre la forma como una gran sociedad puede llegar a encontrar sus vías de desarrollo. El considerable incremento de sus contribuciones anónimas a la *Historia de las dos Indias* de Raynal, en la tercera edición de 1780 responde al final de esta búsqueda. El libro que, según él, debía «hacer nacer a los Brutus», contribuyó efectivamente a la formación de una conciencia política nacional y a la movilización de las energías colectivas. Su papel europeo no fue despreciable, como puede testimoniar para el caso de Rusia el ejemplo de Radichtchev. Pero la imagen de Diderot político debía quedar durante mucho tiempo aún como la figura bastante ambigua del filósofo charlando ante la emperatriz.

(Traducción de A. PORRAS e I. CÓMEZ)